

navío, observó que debía autorizar en aquel día un contrato esponsalicio, y pidió su caballo; el segundo notario, que representaba las huérfanas, no sabia que actitud debía tomar y pidió su baston.

Para la comida no quedaba mas que el señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye.

El cura se hizo aguardar. El primo y la prima se pasearon un rato bajo los castaños.

—Qué soledad tan hermosa! dijo Octavio, cuan feliz se viviría aquí!

Y volviéndose hácia su prima, añadió:

—Si no se viviera solo!

—Es cierto, primo, pero la dicha no es de este mundo.

—Teneis razon, prima. Y cogió su mano.

—Y sin embargo, añadió, cuando pienso que si mi tia me hubiese dado su fortuna, yo quizá me hubiese arrojado á vuestros piés para suplicaros que fueseis mi esposa!

—Quizá!... pues hé aquí mi desgracia, dijo con una sonrisa hechicera la señorita de la Chastaigneraye; quizá yo os hubiese dicho: «Levantaos y dejadme, primo.» Los la Chastaigneraye son tan orgullosos como los Parisis. Si por ejemplo yo os diese mi mano con cinco millones, vos no la admitiriais, no es cierto, primo?

—Nó, nó, prima mia.

—Pues bien, hablemos de política.

## XXXIII.

## LA DAMA BLANCA.

Octavio y Genoveva hablaban aun de política cuando llegó el cura.

Tenia un corazon de oro y creía en Dios sin saber porque. Nunca habia comprendido bien el Evangelio y no se estraviaba jamás en las sutilezas teológicas. Predicaba sin saber lo que decia, á menos que predicase el bien. No hubiese matado una mosca, pero veía caer, no sin alegría, en las cacerías las liebres, las perdices y los conejos si tenia en ellos su parte. Pero no era tan buen apóstol con los cazadores que no le pagaban el diezmo. Iba todos los dias, como Luis XIV, á echar migas de pan á las carpas de su lago y á los pollos de su gallinero; pero se las comia sin ninguna clase de escrúpulo. Era gastrónomo y no pensaba que el pecado de la gula mortal para sus feligreses pudiese llevarle recto al infierno. Por lo demás era bueno con los pobres aun en los dias que no comia. Era en fin el mejor cura del mundo.

No bien saludó á Parisis y su prima consultó su

reloj, lo cual queria decir que era hora de sentarse á la mesa.

—Sí, señor cura, dijo Genoveva, pero os aguardábamos.

—Qué quereis? me llama el catecismo. A los pobres niños es indispensable dirigirlos por el buen camino como á los bueyes. Y el cura echó á andar.

Octavio le hubiese enviado de todo corazon al diablo.

—Tranquilizaos, le dijo la señorita de la Chastaigneraye: bajo este rostro vulgar se oculta el alma de un ángel. Hay ciertos momentos en que no carece de talento, fuera de esto mi tia le queria mucho. Tiene un hermoso carácter: creia heredarla; sabe que no tiene nada y no deja por esto de estar alegre.

Genoveva no pudo reprimir esta frase.

—Verdad es que vá á sentarse en la mesa.

—Aunque fuese un ángel, prima mia, yo haria un esfuerzo para que nos dejara solos.

—Os imaginabais quizá que íbamos á comer sin su compañía?

—Porqué no? no he venido aquí para frecuentar el mundo.

—Pues bien, mi buen primo, es necesario que tomeis vuestro partido: comereis no solamente con el señor cura de la Roche-l' Epine, sino tambien con una jóven que cuenta ochenta años, amiga de mi tia, la cual es una especie de Minerva que hoy me toma bajo su égida.

Parisis hizo un gesto que traducía su descontento.

—Vaya, no tengais miedo, jóven sin principios: no os colocaré á su lado y solo os daré una sorpresa.

En aquel momento esta sorpresa apareció en el vestíbulo.

Era una jóven de un castillo vecino que habia llegado á Champauvert para asistir á los funerales de la señorita Regina de Parisis; Genoveva habia alcanzado de la madre de esta jóven, la señora de Moncenac, que permanecería un mes en Champauvert, donde la señora de Moncenac debia visitarla con frecuencia.

—Qué es esto? preguntó Octavio con sorpresa.

—Esto, primo mio, es una borgoñona.

La señorita de Moncenac estaba encarnada como una cereza; era de baja estatura, de nariz arremangada, piés enormes y manos de oca. Iba con un traje cortado por una modista de aldea.

—Prima mia, dijo Parisis, sed bastante buena para colocarme al lado de vuestra Minerva.

Se sentaron á la mesa despues de la presentacion correspondiente. La conversacion se entabló entre el cura, Genoveva y Octavio. La solterona y la jóven hablaron de modas; el cura recitó una parábola muy ingeniosa para hacer comprender á Octavio y Genoveva que debian restablecer el esplendor de la Roche-l' Epine, de Champauvert, de Belle Fontaine y de Parisis. Eran otros tantos señoríos que carecian de señores. Octavio respondió que lo tendria presente, que iba á partir hácia el Perú de donde su padre habia

traído mucho dinero. La mina estaba casi agotada, pero no desesperaba de encontrar en ella algunos puñados de oro. Prometió solemnemente restaurar entre el esplendor del estilo gótico y del revacimiento Belle Fontaine y Parisis y no dudó que la señorita Genoveva de la Chastaigneraye no le cedería en gusto en la restauración de la Roche-l'Epine y de Champauvert.

Cuando se sirvió el café Octavio pidió sus caballos.

—No, primo, dijo Genoveva: me concederéis el favor de pasar veinticuatro horas á mi lado, puesto que estoy en mi casa.

—Oh! que dicha! exclamó la señorita de Moncenac.

Y aunque casi no era posible, se volvió mas colorada. Temió que no se despreciase aquella exclamación de alegría y prosiguió:

—No es poca dicha el que te halles en tu casa, Genoveva.

—Precisamente he pedido mis caballos, dijo Parisis, porque os hallais en vuestra casa, prima mia.

—Qué diría la otra prima la señora Portien?

—Diría que quiero casarme con vos para arruinar otra fortuna.

—La prima Portier sabe perfectamente que vos no os casareis con una señorita de provincia.

—No conozco en Paris una parisiense tan parisien-se cual vos.

—Y bien, parisiense ó provinciana, os mando que permanezcáis aquí hasta mañana despues de la misa.

Ireis á ella con el devocionario de mi tia Regina. En él leereis la misa. Tengo mi plan y no quiero que murais en la impenitencia final; quiero, por el contrario, que salveis vuestra alma.

Mañana ejecutareis tan bella acción viniendo conmigo á la misa y así vereis nuestra hermosa iglesia de Champauvert. Quizá ignorais que mi tia hizo en ella maravillas. Así por ejemplo, admirareis un precioso grupo de Bonnassieux, representando la Caridad; nunca el cincel de oro del Renacimiento en Francia ó en Italia ha encontrado una espresion tan maternal y divina. No es esto solo: tenemos un hermoso vidrio de Marechal y una Asunción de Cabanel, que son dos obras maestras. Mi tia no daba su dinero sino á Dios.

—Quereis hacer como los papas, prima: tratais de conducirme al paraíso por el camino de los artistas. Teneis razon; el lazo de union entre el hombre y Dios es el arte.

—No, primo, es el amor.

—El amor! de qué clase?

—Preguntadlo al señor cura.

El cura acababa de tomar con pasion su segunda taza de café. No decia como el abate de Voisenon: «Un traguito me basta», sino que pedia siempre y por segunda vez de todo lo que aparecia en la mesa. No queria contrariar la naturaleza. Se secó los labios con la lengua, pareció que se recogia y hubo de responder compungido:

—El amor! haré un sermón sobre este tema.

Esta era su manera de contestar á todas las preguntas.

—No es tan bestia, dijo Octavio á Genoveva, pues si hubiese hablado hubiese dicho una torpeza. Quién puede hablar bien sobre este asunto?

—Únicamente los sencillos de espíritu como yo, dijo la señorita de Chastaigneraye.

—Pues bien, prima, para convertirme en un hombre sencillo cual vos, consiento en ir á Champauvert y oír la misa de mañana.

Debo confesaros que hace ya mucho tiempo que no he encontrado á Dios en su iglesia. Y en Paris, fuera de los días de funerales, la iglesia no es del todo católica; se va á ella menos por Dios que para sus criaturas. Hé aquí por que Dios no se digna mostrarse bajo sus bóvedas. Creo que se muestra mejor en las iglesias de aldea.

El cura dijo las Gracias, y luego se levantaron para ir al salón.

—Primo mío, ya que caisteis en la red, dijo la señorita de la Chastaigneraye, id á hacer el whist.

—He jurado obedeceros y cumpliré mi palabra.

—Esta resignación me satisface: equivale á una renuncia y no desespero de salvaros.

A las once, después de haber perdido tres francos cincuenta céntimos, Octavio, profundamente conmovido por tal pérdida, subió la escalera principal para ir á su dormitorio; conocía ya este último. Era el dor-

mitorio de honor, inmensa estancia tapizada con tela de Persia, donde se fastidiaban dos cuadros al pastel, que representaban un caballero y una dama del tiempo de la Regencia, condenados perpétuamente á hacerse compañía.

Octavio al mirarlos hubo de lanzar un suspiro.

—Ah! hé aquí dos que si bajaran de sus cuadros me dirían el secreto de la vida.

Libros nuevos y periódicos diversos adornaban el velador. Octavio, que había dejado Paris hacia dos días, buscó la sección de noticias.

Había leído superficialmente tres ó cuatro diarios, cuando abrió una ventana para respirar el aire puro y escuchar los ruisenores, á quienes solo conocía por haber oído hablar de ellos. No oyó mas que el silencio. Ignoraba que los ruisenores no cantaban mas que en la primavera, y que eran tenores que observaban nueve meses de vacaciones.

Esto sin embargo, Octavio sintió un placer al perderse en aquella soledad inmensa que nunca le había invadido. Aquel parque, aquellos bosques, aquellas montañas, aquellos horizontes, aquellas estrellas, todas aquellas elocuencias maravillaban su alma. La naturaleza tiene atracciones y fuerzas que dominan á los mas rebeldes. Octavio comprendió que había vivido demasiado en el torbellino parisiense; adivinó que para él sería dulce y saludable el templar su alma en los lujuriosos valles de su país natal, que son como un ejemplar del paraíso perdido.

Hacia mas de una hora que estaba en la ventana abismado en sus sueños, cuando vió pasar á lo léjos, bajo los árboles, un hombre vestido de negro como vos y yo

Imaginóse en un principio que era el capellan de la Roche-l'Epine, el cual podia haberse detenido en el parque; mas luego vió que era un hombre alto y delgado, y fuera de esto se convenció muy pronto de que su trage no consistia en una sotana. Era ya la media noche Media noche! una hora increíble en provincias. Qué podia hacer en el parque de Champauvert aquel hombre á media noche?

Octavio no tardó mucho en dirigir esta indiscreta pregunta á las estrellas.

Otra vision blanca se le apareció, errando tambien debajo de los árboles y dirigiéndose hácia el hombre negro.

—Esto es imposible! dijo de pronto Octavio con un furor súbito.

Habia creído reconocer á la señorita Genoveva de la Chastaigneraye.

Se frotó los ojos para ver mejor.

No vió nada.

Escuchó y solo oyó el murmullo de las hojas.

—Vamos, vamos, dijo el duque de Parisis: me vuelvo loco ó estoy alucinado. Qué cosa tan triste es no creer en nada!

## XXXIV.

## LA MISA DE DON JUAN.

Al dia siguiente, cuando Octavio saludó á Genoveva, esta puso en sus manos el devocionario de su tia Regina.

—Vuestra salvacion está aquí, dijo su prima.

Eran las diez y media. El señor de Parisis y Genoveva, seguidos por la señora de ochenta primaveras y la señorita de Moncenac, entraron en la iglesia de Champauvert. Todos los aldeanos se volvieron y saludaron como si Dios hiciera su entrada.

Octavio estaba distraido: le parecia haber visto como Violeta erraba en torno del castillo.

En la capilla de la Virgen la señorita de la Chastaigneraye se arrodilló delante de una silla rústica.

—Si quereis, primo mio, podreis sentaros en el banco de honor con la señorita de Moncenac y la señora Brígida, que son dos orgullosas. Pero yo creo que el mejor puesto es el mas humilde.

Octavio se guardó mucho de dejar á Genoveva.

Tenia en su mano el devocionario. Quiso proseguir la conversacion pero ella le dijo: